



VÓRTICE

Garmat

VÓRTICE



Primera edición: octubre 2025

© Comunicación y Publicaciones Caudal, S.L.

© Garmat

ISBN: 979-13-87909-12-3

ISBN digital: 979-13-87909-13-0

Depósito legal: M-20465-2025

Editorial Adarve

C/ Luis Vives, 9

28002 Madrid

editorial@editorial-adarve.com

www.editorial-adarve.com

Impreso en España

ÍNDICE

PRÓLOGO	11
CAPÍTULO I EL EXPERIMENTO	13
CAPÍTULO II MAICO-STE	55
CAPÍTULO III CONTACTO	75
CAPÍTULO IV LA SONDA.....	109
CAPÍTULO V LA TIERRA.....	157
CAPÍTULO VI LUCAS	199
EPÍLOGO	261

PRÓLOGO

He decidido contar esta historia inverosímil y hacerla pública ante el cobarde silencio de quienes deberían haber tomado la iniciativa de darla a conocer al mundo.

La historia está contada intentando ser fiel con el relato de sus protagonistas sin más grandilocuencias, procurando hacer entendible su mensaje de la manera más amena que me ha sido posible. Soy consciente de que, una vez completada su lectura, quedarán incógnitas sin resolver y que en algunos de sus episodios los sucesos científicos pueden resultar complicados de entender; que eso no te detenga en su lectura.

Todo empezó como un juego para descifrar un misterio. Dos personas muy distintas en lugares separados acabaron encontrándose y, arrastrados por la curiosidad, deciden embarcarse en un proyecto disparatado, sin saber a dónde les llevará y qué consecuencias tendrá.

Nada de lo que cuento en esta historia habría sido posible sin conocer a Lola Leman. Seguramente, en un principio nos movían motivaciones muy diferentes, para mí un escape a la rutina, algo a lo que dedicar el tiempo; para Lola, un reto, un suceso al que darle una explicación lógica. Luego solo tuve que dejarme llevar por ella. Con Lola aprendí a mirar el mundo con otros ojos, a fijarme en la importancia de pequeños detalles que antes me pasaban inadvertidos y, sobre todo, a tomar conciencia de las injusticias y revelarme contra ellas.

Lola me sacó del invierno en el que se había convertido mi vida, devolviéndome las ganas de vivir, convirtiéndome en una persona diferente, construyéndome de nuevo. Gracias a ella conocí a Cecilia, un encantador torbellino de aire fresco que te sacude y te despierta. Entre las dos rompieron mi caparazón, para luego enseñarme cómo funciona una amistad sincera. Arrastrado por Lola me trasladé a vivir a un maravilloso pueblo, nunca más me vería caminando solo, con Lola y Dino descubrí el placer de llenar los pulmones de aire puro, de disfrutar del silencio en medio de la naturaleza y la satisfacción que produce alcanzar una cumbre. Juntos participamos en la aventura más alucinante que jamás haya vivido un ser humano.

Muchas de las cosas que cuento son fruto de mis propias experiencias, otras me las fueron contando Lola y el resto de los personajes que aparecen en la historia.

El relato da comienzo un insulso día del mes de noviembre de 2022, con el extraño fenómeno que me sorprendió en el techo de mi habitación. Todo lo que desencadenó este suceso se sitúa más allá de lo que cualquiera pueda imaginar, y las reflexiones que la historia tiene la intención de suscitar deberían ser suficientes para cambiar el rumbo de la humanidad.

CAPÍTULO I

EL EXPERIMENTO

1

Era un día plomizo, el cielo gris, no hacía mucho frío, pero la sensación era desagradable, sin viento, con humedad..., un día triste, sin color.

Un día en el que se reflejaba mi vida mientras regresaba a mi casa..., mi vacía casa.

Las calles desiertas, nadie corriendo, ningún coche circulando. Parecía que habían vuelto los días del confinamiento, cuando la pandemia.

Todavía tardé un rato en completar el recorrido que rutinariamente repetía todos los días. Poco a poco fue anocheciendo y la oscuridad añadió más tristeza y melancolía al escenario.

Las farolas, entre la bruma, iluminaban la calle con una luz mortecina, tenue, como si le costara trabajo alcanzar el suelo.

Serían más de las diez de la noche cuando me encontraba bajando la cuesta hacia mi casa; no había un alma por la calle, ni siquiera se percibían en las luces que iluminaban las ventanas a través de las cortinas.

A mis cincuenta años todavía me conservaba en buena forma física, disfrutando de las rentas de otra época en la que todos los

días apartaba un poco de tiempo para practicar algo de ejercicio. Vivía con bastante desahogo, sin tener que preocuparme por el dinero; llevaba dos años alejado de la vida laboral, pero me había procurado los recursos suficientes como para poder vivir sin preocupaciones el resto de mi vida.

Vivía solo. Decidí estar solo y estaba amargado por estar solo. Todas mis pasiones y ambiciones se habían evaporado, depositando una áspera herrumbre adherida en mi interior. Simplemente dejaba pasar los días, fiel a mis higiénicas rutinas. Me había convertido en una sombra sólida que deambulaba.

Atravesé el pequeño patio de la entrada y entré en la casa. Estaba fría como de costumbre, hacía tiempo que me había despreocupado de poner la calefacción. No era por economía, tampoco porque me hubiera adaptado al frío, aún bajo techo desprendía vaho por la boca con cada respiración, era simplemente indolencia.

Todos los días me obligaba a dar un largo paseo para evitar los problemas del sedentarismo como medida de conservación, ya que tampoco me reportaba una gran satisfacción. De no ser por ese impulso de supervivencia al que me aferraba sin mayor explicación, me quedaría sentado hasta quedar momificado en mi propio ensimismamiento.

Con desgana subí las escaleras hacia la habitación. Después de darme una ducha, comería algo y me acostaría; con un poco de suerte no pasarían muchas horas hasta coger algún tipo de sueño.

Abrí la puerta y, justo antes de encender la luz, un escalofrío recorrió mi espina dorsal y, en décimas de segundos, un sudor frío se hizo dueño de todos los poros de mi piel.

¿Cómo era posible? Todavía tardé unos segundos antes de encender la luz para intentar procesar lo que estaba ocurriendo y cerciorarme que, pese a la evidencia, no era una ilusión. En los siguientes instantes todos mis reflejos se despertaron, un torrente de adrenalina me sacudió provocándome una extraña excitación que ya no era capaz de reconocer. Disparado como un resorte, recorrí las ventanas, todas cerradas. Las puertas de salida al jardín trasero,

sin forzar, bien cerradas. La puerta de la calle, por donde había entrado, estaba correctamente cerrada con todas las vueltas de llave.

No, no había nadie y tampoco había indicios que hubieran entrado en la casa durante mi paseo. Pero entonces ¿qué había pasado?

El techo de la habitación lo tenía relleno de pequeñas estrellas adhesivas fosforescentes. Hace tiempo, cuando en mi vida tenía cabida la ilusión, me había entretenido en llenar el techo de estas pequeñas pegatinas. Las dispuse formando constelaciones en más o menos su posición en el cielo; cuando me acostaba y apagaba la luz, las pequeñas lucecitas simulaban un ideal cielo nocturno.

Mientras las miraba me imaginaba esos trillones de electrones dando saltos en sus órbitas atómicas, devolviendo la energía que habían tomado prestada y, en cada salto, emitiendo un fotón que ahora llegaba a mi retina para recreo de mis desvelos. Normalmente era la última visión de cada noche antes de quedarme dormido. Ahora la última visión casi siempre es la oscuridad; los electrones se cansan de contemplar mis cansados ojos y poco a poco van reposando.

Lo que había pasado cuando abrí la puerta es que todo el techo brillaba con una intensidad máxima, mucho más intensa que lo que veía cuando apagaba la luz después de haber estado encendida lo habitual antes de acostarme, como si hubiesen sacado la habitación al exterior, al mediodía de cualquier mes de verano. Las estrellitas vomitaban fotones, borrachas, atiborradas de energía.

La casa vacía, era finales de otoño y hacía varias horas que había anochecido, la persiana estaba cerrada.

¿Qué las había excitado? ¿Cómo era posible? ¿Qué explicación le podía dar a lo que estaba pasando?

Stan estaba de vuelta del laboratorio cuando se encontró con Rista, a medio camino entre el bosque y la célula. La tormenta de polvo había cesado y una lluvia suave tonificaba su cuerpo.

—Qué espléndido tiempo, Stan, es perfecto: polvo, lluvia y las nubes van dejando pasar algunos rayos de luz.

Rista llevaba tiempo ocioso; no acababa de encontrar una tarea que le motivara lo suficiente y simplemente cambiaba de ocupación, a menudo con largos intervalos sin hacer nada. Aunque no sentía la necesidad y mucho menos la obligación, y eran muchos los que compartían su posición, la sociedad sí valoraba a aquellos que como Stan estaban dispuestos a contribuir con el progreso, un progreso que les había dado la posibilidad de avanzar como sociedad, de eliminar los trabajos penosos y desprenderse del acoplamiento como herramienta de trabajo, destinándolo exclusivamente a su poderosa capacidad de conector social.

—¿Qué tal tu trabajo en el laboratorio?

Stan era mucho más joven que Rista, menos experto y más lento en la técnica del acoplamiento, sin embargo había desarrollado una capacidad de comprensión y asimilación de datos excepcionales, y no necesitó mucho esfuerzo para hacerse notar; rápidamente fue aceptado en el centro de investigación y en poco tiempo dirigió su propio laboratorio, donde desarrollaba experimentos de alta complejidad en el campo de las altas energías.

—Pues francamente bien, lleno de estímulos y problemas a los que encontrar respuestas. Ya te conté los ensayos que realizábamos con el gran acelerador de partículas; ahora hemos detectado un fallo en las mediciones que no sabemos muy bien a dónde nos va a llevar.

—Conociéndote, seguro que no tardas con dar con la solución. Por cierto —apuntó Rista con simpatía, quizás con un poco de sana envidia—, tu cápsula de movimiento es una maravilla, debe pertenecer a las últimas series que se han fabricado.

—No está mal, ha sido un honor que me la hayan asignado precisamente a mí; la verdad es que una cápsula con un poco más de velocidad me viene muy bien para mis desplazamientos entre la célula y el laboratorio. A pesar de tener unos cuantos ciclos, la tuya no está nada mal y tiene un buen nivel de mantenimiento —apuntó Stan para congratular a Rista, aunque sabía que no era necesario.

Las cápsulas de movimiento constituyen el único objeto de uso personal del que disfrutan los Maico-Ste. En el momento de su germinación se les asigna una, que se va adaptando a lo largo del tiempo a las condiciones y necesidades de cada individuo.

Rista y Stan llevaban juntos desde el principio. Stan había germinado en la misma célula de acoplamiento a la que pertenecía Rista, y desde entonces siempre había permanecido cerca de él. Los dos eran tipo K, lo que significaba que su acoplamiento nunca podría ser directo y siempre estarían separados por al menos otro individuo de cualquier otro tipo. De todas formas, habían establecido una gran afinidad. Durante los acoplamientos nocturnos, siempre se encontraban cerca y, aunque separados por otro, se las apañaban para que solo hubiese uno entre los dos. Para eso Rista tenía una gran habilidad y siempre conseguía no quedar lejos de Stan.

—Tenía pensado dar un paseo por el bosque, acercarme a los ancianos; necesito inspiración, a ver si se me ocurre algo para salir del atolladero en el que me tiene metido el experimento.

Rista aceleró su cápsula y se puso a su lado.

—Vengo de allí, pero no me importa volver. Te acompaño, aparte de pasear no tengo nada mejor que hacer.

El bosque se perdía en el horizonte y allí se encontraban todos los ancianos, acumulando centenares de ciclos de experiencias y sabiduría. Las vibraciones inundaban el ambiente y las sensaciones que se percibían mientras se paseaba por su interior hacían muy difícil concebir pensamientos propios, y se pasaba a formar parte de una conciencia colectiva que te alejaba de tu propia identidad.

El bosque siempre se encontraba frecuentado y eran muchos, sobre todo en las proximidades de su fin de ciclo, los que no lo abandonaban. Era fácil dejarse llevar y quedar atrapado en su interior.

Sin proponérselo, Stan compartía la situación de su trabajo, su investigación y el momento de estancamiento en el que se encontraba. Millones de frecuencias de pensamiento se entremezclaban alcanzando su red micélgica. El ejercicio en la mayoría de los casos resultaba relajante, una lluvia de estímulos que como caricias despejaban el pensamiento. Para Stan estaba resultando todo lo contrario, un esfuerzo agotador al intentar sustraer de aquella tormenta de frecuencias una pista, un catalizador que le ayudara a salir de su callejón.

Fueron recobrando el dominio de su consciencia a medida que se iban separando del bosque. Rista vibraba satisfecho, feliz; ahora le apetecía algo de diversión.

—Nunca me canso de venir aquí. Te invade una sensación de armonía que colma todo lo que le puedes pedir a la vida. ¿Te apetece echar una partida en la cámara de color?

Por el contrario, Stan estaba en proceso de deducción, seguía filtrando de entre todos los estímulos recibidos algo que le diera una pista sobre cómo continuar con su trabajo.

Rista, en otro estado, insistía.

—Stan, ¿estás ahí?... Sales absorto, como si no hubieses aprovechado el contacto con los ancianos.

—Tienes razón, en vez de relajarme y dejar fluir las frecuencias, me he empeñado en rastrear una idea para la solución del problema que nos tiene paralizado el experimento.

—No hay peor actitud en el bosque que la impaciencia. Tienes que aprender a dejar que sean ellos los que se adueñen de tus preocupaciones y verás cómo su energía se apodera de ti. La energía del bosque lo inunda todo; si no te dejas llevar, la energía se desperdicia, no llega a ningún sitio.

Las frecuencias de Stan se ampliaron y, como un destello, de repente se dio cuenta, Rista le había puesto en la pista que estaba

buscando, como si los ancianos le hubieran puesto en su camino. Tenía que cambiar el enfoque; el problema no era encontrar qué fallaba en el experimento para que se produjera un déficit en la energía neta utilizada, la cuestión era averiguar adónde se estaba yendo.

—Rista, eres maravilloso. Tanto cavilar en el bosque sin conseguir una pista y vas tú y lo resuelves. Vamos a echar esa partida.

El centro de la ciudad estaba ocupado por una megaconstrucción en forma de cúpula, con una capacidad para albergar a más de diez mil individuos y enteramente dedicada al esparcimiento.

Todas las ciudades tenían una configuración arquitectónica muy similar. Las ciudades se organizaban por plazas y cada una de ellas albergaba una célula en concreto. Luego estaban los edificios dedicados a la administración, control del entorno y centros de investigación y desarrollo de nuevas iniciativas.

Las vías urbanas se distribuían de manera radial desde cada plaza. De cada edificio público partían las calles uniendo los distintos edificios entre sí, formando nodos y tejiendo una red de comunicación a través de espaciosas avenidas repletas de todo tipo de seres menores; en las intersecciones de los ejes se ubicaban las plazas dedicadas a las células.

Las células congregaban a todos los individuos que habían ido germinando en su interior, y, aunque no había impedimento para que un individuo cambiara de célula a su voluntad, eso rara vez se producía. Todas las células se construían de manera muy similar, pero cada una de ellas reflejaba diferentes colores hacia el exterior y, al igual que los edificios oficiales, todas tenían una arquitectura bastante parecida entre ellas. La sociedad de los Maico-Ste se caracteriza por tener un criterio funcional para todas las cosas que fabrican, y una vez que consiguen un modelo eficaz para la función deseada sufre pocas modificaciones a lo largo del tiempo. No destinan recursos, esfuerzos e imaginación en el desarrollo de ornatos o decorados, no existen estatuas, murales o manifestaciones artísticas de ninguna índole. Si algo les caracteriza es la uniformidad,

sin que eso signifique una pérdida de su individualismo o libre ejercicio de la voluntad de cada uno.

Rista y Stan pertenecían a la misma célula, la más antigua del estado de Hulzso, la célula de Bastrón, en honor al primer Mai-co-Ste que germinó en ella. Se erigió en los tiempos en que el acoplamiento todavía era utilizado como un recurso importante para la manufactura de transformación, junto con el uso de maquinaria auxiliar semiautomática, y estaba en sus inicios la utilización de rudimentarias cápsulas de movimiento. Por lo demás, su diseño era clásico y contrastaba con otras células más modernas construidas con materiales más novedosos y algo más de colorido. De todas maneras, el hecho de ser de las más antiguas le otorgaba un cierto prestigio dentro de la comunidad. Las células, por regla general, se construían bajo un denominador común: todas tenían forma de cúpula, realizada con materiales traslucidos. La cúspide estaba abierta al cielo por un óculo central y los materiales reflejaban un color característico propio de cada célula.

En cada célula se podían acoplar holgadamente alrededor de quinientos individuos, y la ciudad tenía un censo de doscientas cincuenta células, número que se mantenía estable desde hacía ya más de diez ciclos.

Todas las ciudades eran bastante parecidas, salvo por la diversidad de seres menores que habitaban en ellas dependiendo de la particular climatología de cada sitio.

Entraron en la gran cúpula a través de una de sus entradas. Todo el ambiente estaba repleto de frecuencias que rebotaban e interferían entre ellas provocando un gran silencioso bullicio que se mezclaba con escogidas frecuencias compuestas para inducir estados de relajación. El juego de moda era la cámara del color.

Los participantes se colocaban formando un círculo, el número de participantes solo estaba limitado por el aforo del salón; en el centro había una gran antena y un proyector que emitía colores en amplias longitudes de onda. Los participantes debían emitir frecuencias relacionadas con un pensamiento y la antena transfor-

maba la frecuencia de cada uno en un color dependiendo de la frecuencia emitida. Los colores se iban interfiriendo entre sí mezclándose en colores resultantes, los emitidos por unos se amplificaban o atenuaban en función de los emitidos por sus oponentes. El jugador cuyo color decayese a negro quedaba eliminado. Los participantes tenían que ir cambiando de frecuencia a medida que el juego trascurría para conseguir un color propio cada vez más luminoso.

—Eres increíble, no sé cómo lo haces, siempre acabas ganando —se quejaba Rista—. Hoy la sala estaba repleta, con mucha competencia, incluso con colegas mucho más viejos, y sin embargo los has ganado a todos.

—Me ha pillado muy concentrado. A lo mejor el paseo por el bosque sí ha dado su fruto.

—No creo que sea eso —transmitió Rista con tono de extrañeza—. Nunca he estado con nadie que maneje esa gama de frecuencias con tanta rapidez. Vamos a la sala de proyecciones a relajarnos, este juego me deja exhausto.

Cuando salieron del pabellón estaba oscureciendo y aceleraron sus cápsulas para no demorarse en llegar a la célula. Stan necesitaba descansar. Mañana reuniría a todo su equipo para reconducir el experimento.

Según llegaban iban aparcando sus cápsulas de movimiento. Unos y otros se fueron acoplando, sincronizando sus frecuencias. Entre Stan y Rista se colocó un tipo Y ajustando perfectamente sus formas, hasta que el conjunto formado fue totalmente indistinguible.

Un leve zumbido invadió la célula. En poco tiempo, prácticamente la totalidad de los individuos se habían acoplado formando un único organismo.

Los primeros sonidos de actividad humana me espabilaron, me había quedado dormido dándole vueltas al suceso de las estrellas del techo. Aparte de esto, otra cosa estaba ocurriendo. Era como si el suceso de la iluminación inexplicable hubiera modificado algo en mi interior. Sentía una excitación que hacía tiempo nada era capaz de provocarme, hasta había dormido mejor de lo normal.

Sin perder tiempo me dispuse para tratar de desentrañar el suceso. Saqué de uno de los cajones de la buhardilla la vieja cámara de vídeo, comprobé su funcionamiento y la instalé en la habitación con una batería recién cargada. La mantendría grabando toda la tarde esperando atrapar el fenómeno que disparó la excitación de las estrellas.

Trascurrió el día sin más interés, esperando el momento de salir a dar mi rutinario paseo. Repetiría la actividad igual y con los mismos tiempos que el día anterior.

Mientras caminaba seguía dándole vueltas y levantando hipótesis que pudieran darme una explicación convincente a lo sucedido.

Llegué a la casa a la misma hora del día anterior y esta vez subí las escaleras con algo más de entusiasmo, contuve la respiración y abrí la puerta de la habitación. Todo estaba normal. El techo solo me devolvió un gesto de fastidio y frustración. Revisé la grabación de la cámara, sin encontrar nada más que las sombras fantasmagóricas formadas por la débil luz que dejaba filtrar la persiana, y después oscuridad y silencio.

Completé la secuencia de tareas cotidianas y me acosté. Sería otra noche en blanco viendo pasar las horas.

Ya no estaba seguro si lo que había visto era real o una mala jugada de mi cerebro, esas cosas pasan.

«No me volverá a pasar, mañana limpiaré el techo, retiraré todas las estrellas».

Primero escuché un crepitar, como cuando acaricias un gato con la mano seca. El sonido se fue haciendo más intenso, sin una

procedencia clara. La temperatura de la habitación se elevaba por momentos y, de repente, un destello cegador iluminó la habitación dejándome totalmente deslumbrado. No duró más de un segundo, décimas de segundo, y se hizo de nuevo la oscuridad, pero no una oscuridad completa, allí tenía a las estrellas brillando con la misma intensidad con la que se aceleraban los latidos de mi corazón.

Y ahora ¿qué? Sentí alivio. Mi cerebro, a pesar de todo, estaba bien; bueno, estaba al menos como siempre.

Ahora estaba seguro que no podría dormir, tampoco sentía la necesidad. Mi cerebro de ingeniero se puso en marcha.

Lo que había visto era un efecto provocado por una fuente de energía, bien. «¿Dónde podría estar la fuente?, ¿por qué se centraba en el techo de la habitación?, ¿por qué se comportaba como un *flash*?». Abrí la ventana y salí al tejado ajeno al frío. Nada extraño. El cielo estaba raso y las estrellas apenas se distinguían, como de costumbre. Todo como era de esperar. Por más vueltas que le daba era incapaz de encontrar una respuesta que encajara con el fenómeno. Podría ser estática; aun así la fuente debería ser de una determinada potencia y tendría que estar dentro de la habitación. Antes del destello se había elevado la temperatura; ¿cuánto?, quizás uno o dos grados, tal vez incluso tres, eso es mucha energía para provenir de una descarga de estática. Por la mañana revisaré algunos de los libros de física que desde hace años cogen polvo en la estantería de la buhardilla.

Lola Leman vivía desde hacía unos años en un apartado pueblo de la sierra del Rincón. Siempre le había atraído la montaña. Más que atracción, ella consideraba que era su espacio, su lugar por naturaleza, y lo que no entendía era cómo el resto de las personas eran capaces de vivir en las insanas, artificiales y agresivas ciudades.

A punto de cumplir los cincuenta y tres, se mantenía en buena forma física, nunca se había dejado arrastrar por la inactividad. Cada semana subía a la montaña. Se las había apañado para conseguir un trabajo cerca del pueblo que había escogido para vivir, una pequeña aldea que no llegaba a los cien habitantes.

Ejercía como profesora de matemáticas en un instituto a treinta kilómetros de su casa, aunque su afición y devoción eran la montaña y la astronomía.

«Mañana otra vez a dar clase, a encerrarme con esa panda de diablos e intentar llamar su atención hacia algo que les importa una mierda». Lola subía las escaleras hacia la buhardilla pensando en la tediosa tarea que le esperaba al día siguiente. Como cada noche, se relajaría mirando al cielo.

—Ceci, que no, que no alucino. Te digo que lo he visto un par de veces y ayer lo observé otra vez.

Lola, sin poder controlar su excitación, hablaba por teléfono con su amiga Cecilia.

Cecilia era prácticamente la única persona con quien se relacionaba, una vieja amiga desde los tiempos del instituto, la única persona que había conseguido conservar de su vida en la ciudad y la única que siempre que podía se aventuraba a pasar unos días con ella en el pequeño pueblo.

Lejos de sentirse sola, Lola disfrutaba de cada día, y los breves momentos de interacción con los vecinos del pueblo le sobraban para dar por satisfecha su necesidad de contacto con otros seres humanos. En su casa, rodeada de sus libros, su telescopio y la compañía de Sara y Dino, su gata y su perro, era, si no la que más, una de las personas más felices del mundo. Si bien el trabajo de docencia no le aportaba mucho, intentaba ser una buena profesora y cumplir con su trabajo.

Todas las noches, aprovechando el espléndido cielo nocturno libre de contaminación lumínica, se dedicaba a escudriñar el firmamento con su telescopio, un Newton de doscientos cincuenta centímetros; para estar dentro de la gama de equipos para aficionados no estaba nada mal. Lola presumía de haber detectado algunos objetos no catalogados dentro del cinturón de asteroides sin intención de publicar nada, hasta les había puesto nombres a alguno de ellos. Sara y Dino tenían el honor de que sus nombres los llevaran dos asteroides que hasta ese momento solo Lola conocía.

—¿Y no puede ser un simple resplandor provocado por vete tú a saber qué? ¡Anda que no hay cosas en esa dirección que pueden producir eso que dices que has visto!

—Que no, Ceci, solo he visto algo similar en las auroras polares que se forman en los polos de Saturno. Un círculo luminoso, pero que en este caso solo dura un instante, siempre se produce en el mismo sitio, a una altura que calculo estará por encima de los ochenta kilómetros; antes de desaparecer adquiere forma cónica, como un embudo de luz, se va evaporando y desaparece. Estoy casi segura de que alguien más ha debido registrarlo.

—¿Serías capaz de proyectar su vertical? De ser así verificarías si el origen está abajo o arriba.

—Podría intentarlo, pero para ello necesitaría realizar más registros, es tan fugaz..., y tampoco sé a ciencia cierta cuándo se va a producir. Si tuviera un equipo de seguimiento con grabación continua...

—Eres una friki, maravillosa pero friki. Bueno, seguro que resuelves el enigma y ya verás como es algo más terrenal de lo que imaginas. Si me invitas el fin de semana que viene, me acerco, echo de menos a Sara y Dino...; bueno, un poco a ti también. Te dejo, un besazo, cuídate.

—Otro para ti, ya estoy deseando verte.

A medida que la oscuridad de la noche iba dando paso a los primeros resplandores del amanecer, los individuos de la célula se iban desacoplando. Primero las formas de los individuos se iban conformando, a continuación soltaban sus enlaces y poco a poco se liberaban los unos de los otros en perfecto orden. Según avanzaba el proceso, la sincronización de frecuencias se desacoplaba y todos volvían a ganar en individualidad. Provistos de sus cápsulas de movimiento, iban abandonando el recinto.

—¡Cómo se agradece la humedad de la mañana! Esta niebla es reconfortante. Creo que hoy me acercaré al río, echo de menos un buen baño de lodo.

—Qué suerte, Rista, yo me conformaré con los vahos del laboratorio y en todo caso, eso sí, un baño en la piscina interior. Hoy creo que voy a estar muy ocupado, a lo mejor paso la noche en el laboratorio. De todas formas, nos comunicamos a lo largo del día.

—Que pases buen día, Stan.

Stan aceleró la cápsula y no tardó en llegar al centro de investigación. Se percibía una agitación en las frecuencias nada habitual.

El centro de investigación de la ciudad de Sone era uno de los más importantes del estado y contaba con instalaciones exclusivas a nivel planetario.

Stan dirigía el laboratorio encargado de llevar a la práctica los avances que la física teórica había demostrado como factibles. En su laboratorio de altas energías habían diseñado y construido una gran estación espacial donde realizaban ensayos con rayos de antimateria.

—Buenos días, Stan.

Kadoa era uno de los superintendentes del área de altas energías y, por ende, responsable superior de Stan.

—Creo que vas a darle un nuevo enfoque al experimento.

—Veo que ya estás al tanto.

Aunque Stan no había tenido ocasión de trasmitírselo directamente, Kadoa ya era consciente del giro que Stan quería darle al ensayo.

—Sí, es posible que el problema que aparece con el uso concentrado de antimateria en el espacio no sea un fallo de los sistemas de medición de energía. Hemos comprobado que la tasa de energía inyectada no concuerda con la tasa de energía rebotada. Hasta ahora creíamos que era un problema de cálculo, pero creo que las mediciones son correctas y hay que averiguar adónde escapa esa parte insignificante de energía que se está yendo a otro lugar no controlado del espacio.

—Tu trabajo es muy prometedor —le alentó complaciente Kadoa—. Sabes que cuentas con todo nuestro apoyo y que estamos dispuestos a incrementar los recursos necesarios para que avances en esta línea de investigación, para todos es muy importante llegar a controlar atajos espaciotemporales que acorten las distancias entre lugares distantes del universo. Por cierto, Stan, quería proponerte que me pudieras acompañar en la próxima reunión que se va a celebrar a nivel estatal.

Stan notó una vibración extraña en la frecuencia que Kadoa estaba utilizando en su comunicación y, aunque sabía que no debía interferirla, a Kadoa no le pasó desapercibida la percepción de Stan.

—Verás, Stan, no tienes de que preocuparte, sé que puedo confiar en ti. Todavía no tenemos todos los datos, pero los astrónomos están intensificando el ritmo de sus investigaciones. Hemos detectado cambios significativos en el comportamiento de nuestra estrella que seguramente están detrás de los últimos acontecimientos de calentamiento anómalo en las áreas ecuatoriales.

Para Stan esto era toda una novedad, que alguien tan joven como él fuese invitado a un encuentro de tan alto nivel sobre unas investigaciones que todavía no se habían trasmitido estaba fuera de lo habitual. La invitación no le dejaba indiferente, se sentía alagado y nervioso.

—Por supuesto, si crees que seré de ayuda, cuenta conmigo.

—Gracias por tu disposición, Stan, te iré transmitiendo los detalles de la reunión. No te entretengo más, que pases un buen día.

De manera muy leve, el planeta estaba viviendo episodios que, si bien se encontraban dentro de las previsiones de evolución conocidas, estas se estaban acelerando en los últimos tiempos.

La temperatura en la banda de habitabilidad próxima al cinturón ecuatorial se estaba incrementando, y numerosas poblaciones cercanas a ella habían comenzado ya los preparativos de retroceso, desmontando infraestructuras y ciudades para desplazarse a latitudes más templadas. Hasta ahora el efecto era muy puntual y solo afectaba a pequeñas poblaciones que eran rápidamente reubicadas, pero el proceso se estaba acelerando y los nuevos modelos no hacían prever nada bueno. Los más afectados de manera irreversible eran los bosques y muchos de los ancianos estaban muriendo, además de innumerables especies de seres menores. Algo estaba cambiando en el comportamiento de Worco, y quedaba por resolver si era algo transitorio, tras el cual volvería a su estado habitual, o era el inicio de un cambio sustancial y, de ser así, habría que determinar cuánto duraría este proceso de cambio.

Worco, la estrella de Aibás, es una gigante roja que se apresura en el consumo del poco hidrógeno que le va quedando; tras agotarlo, comenzará una etapa de enfriamiento y contracción acelerada que volverá a elevar su temperatura, dando comienzo a la fusión de átomos más pesados; al no disponer una masa crítica suficiente, acabará enfriándose y se expandirá, llevándose por delante a todo su sistema planetario. La civilización de Aibás conoce que este es el desenlace natural de su estrella y, como todas las estrellas del universo, tuvo un principio y tendrá un final. Hasta ahora, de acuerdo con los cálculos, a Worco le quedarían unos cinco millones de ciclos de estabilidad; sabedores de esta circunstancia, la civilización de Aibás lleva tiempo enfocada en buscar alternativas para librarse de esta muerte anunciada.

Los Maico-Ste resolvieron sus problemas energéticos hace mucho tiempo, primero con el manejo de la energía nuclear, y desde

hace unos cuantos cientos de ciclos con el dominio del confinamiento de la antimateria, todas sus necesidades energéticas están de sobra satisfechas. Gracias a naves impulsadas con motores de antimateria han completado la exploración y explotación de todo su sistema planetario; con grandes sondas no tripuladas consiguen alcanzar infinidad de sistemas en un radio de cinco ciclos de distancia a velocidad absoluta. Sabedores de cuál será su futuro, siempre con el objetivo de atisbar un planeta con unas condiciones similares a Aibás, hasta el momento sin resultado.

Han localizado planetas con vida muy alejados de Aibás, vida muy primitiva en ambientes muy hostiles, constatando que la actividad orgánica aparece con relativa facilidad en aquellos entornos con unas condiciones de habitabilidad mínima. En la mayoría de los casos se trata de organismos dependientes, sustentados por seres autosuficientes. Bajo su punto de vista, los Maico-Ste consideran un drama evolutivo que la supervivencia de unos dependa de la muerte de otros.

Siempre que descubren un nuevo planeta barajan las opciones que les ofrece para reconvertirlo y adaptarlo a condiciones similares a las de Aibás, pero de momento no han encontrado ninguno lo suficientemente cercano como para hacer viable su transformación.

Para contrarrestar el incremento de radiación proveniente de Worco pusieron en marcha la construcción de un gran cinturón deflector en la órbita del ecuador, en principio como protección a las tormentas de partículas, que con más o menos frecuencia e intensidad les enviaba la estrella, pero ante un incremento del radio de la estrella el cinturón solo conseguirá atenuar y retrasar mínimamente los efectos de la expansión de la estrella. Ahora, ante este cambio de la actividad de Worco, había que profundizar en la búsqueda de otras posibles soluciones. Esto era lo más urgente para todos los seres vivos de Aibás.

Stan reunió a su equipo en la gran sala de reuniones del laboratorio de ensayos espaciales.

Los experimentos estaban dirigidos a la generación de vórtices de energía producidos por la conjunción de haces de rayos de antimateria y tratar de controlar la apertura de desgarros en el tejido espaciotemporal que abriera la puerta de entrada a la utilización de túneles de conexión entre puntos distantes del universo.

—Hemos vuelto a calibrar los equipos y reanudamos los disparos, pero seguimos detectando la pérdida de una parte de la energía. Creemos que hay algún tipo de disfunción en los sistemas de detección —informaba a Stan uno de los físicos colaboradores del laboratorio.

—Sobre eso precisamente quería haceros llegar una reflexión —comenzó la explicación Stan—. Hasta ahora hemos puesto en duda la corrección de los datos recibidos, errores en la calibración de los sistemas o una mala ejecución general del experimento. Pues bien... —Hizo una pausa, para generar expectativa, y darle un poco de teatralidad a la exposición. Stan percibió que su maniobra dialéctica estaba al descubierto, y los más mayores no pudieron ocultar una frecuencia de condescendencia con la juventud de Stan. Stan vibró levemente y prosiguió—. Todo lo que hemos hecho hasta ahora está bien hecho y, efectivamente, los datos del retorno de energía no cuadran, pero no por un error de cálculo o un mal funcionamiento de los equipos. Esa energía, sencillamente, está siendo atraída hacia otro lugar. Algo la fuerza a abandonar el vórtice, no sabemos por qué. Tenemos que cercar esféricamente el área de experimentación y averiguar en primer lugar qué dirección toma, tasa de profundidad y, lo más importante, el receptor de la energía. Listar todos los elementos necesarios para la puesta en órbita y ensamblaje de todo en el nuevo material. Otra cosa, no dejéis de realizar disparos con el mismo intervalo de tiempo y comprobad si la tasa de pérdida se mantiene constante.